

La deprimente mansedumbre de aquella tarde hurafía presagiaba catástrofes para los que olvidados quedábamos en la inmunda cafrería. . . . ?

Estáramos condenados á permanecer estacionarios hasta el advenimiento de un desastre del que no sobrenadarían ni los más románticos ensueños. . . . ?

Era esa conturbación de nuestras almas el relámpago heraldo del desaliento que agobia las fuerzas como el rayo. . . . ?

Mientras tanto el musculoso artista emigraba á Corinto. . . .

Como el albatro del torvo poeta galo no sabía caminar sobre la cubierta de un bajel que podrían aniquilar en infaustos naufragios los tifones de la vida. . . .

Necesitaba toda la expansión del orbe para abrir sin temor las poderosas alas. . . . y volar. . . . volar. . . . !

Y nosotros. . . . ?

¡Encenderíamos un faro en medio del eclipse!

ALBERTO LEDUC.

Hay casos en que nosotros los psicólogos somos como los caballos.

Nos llenamos de inquietud porque vemos oscilar delante nuestra sombra.

El psicólogo debe apartarse de sí para observar.

FEDERICO NIETZCHE.

La investigación sobre la vida interior y moral debe funcionar paralelamente á la de la vida exterior y social.

PABLO BOURGET.

El me guió con iluminismo de visionario por los embolismos de la intrincada ruta mostrándome impávido á todos los condenados de la estética.

Amado Nervo fué mi Virgilio en el pindo nacional.

El me guió con iluminismo de visionario por los embolismos de la intrincada ruta mostrándome impávido á todos los condenados de la estética.

Tomado de su brazo sentí infinitas veces mi rostro sobrecogido por los espantos.

Señalados por su índice ví en medio de la selva sibilina de las humanas miserias, á muchos inteligentes falsificados, á muchos académicos cárbos mareados por la pestilencia de los libros universitarios, á muchos rimadores estólidos, á muchos mentores sin médula, inflados por el orgullo, congestionados por el suficientismo, pastoreando con bondad pasiva, con reverenda mansedumbre de plerodáctilos amaestrados, á sus ministriles, á sus turiferarios, á sus rapsodas, embrutecidos radicalmente, infestados completamente, contagiados irremediablemente, en las rubeolas, en las sarnas, en las lepras, del famulato intelectual. . .

El me llevó á las redacciones de los periódicos, á los cafetines, á las cervecerías, á las bibliotecas, á todos los puntos de conjunción de los hombres de pensamiento y de saber. . . .

En esos lugares. . . . sentí muchas veces descomponerse mi rostro adolescente al ser sobrecogido por los espantos oyendo rosñar las laringes de los ilustres ó detonar en triunfante redoble las pestíferas pedorreras de los megalomanos areopagitas al ser provocadas por las enemas de la adulación ventrílocua.

En esos lugares. . . . sentí muchas veces mi rostro sobrecogido por los espantos al contemplar tras las fachendosas mitras pontificales las pollinescas orejas, de los sapientes, de los inmortales, al convencerme con el testimonio indubitable de mis pupilas investigadoras de que se usurpaban los méritos verdaderos en provecho de las nulidades fabricando á la sombra del espectro del jumento de Apuleyo las reputaciones enfáticas de los tacaños que de artistas blasonaban.

En ese infierno.

Ví asomarse el agrio rictus del hipo en la rufanesca faz de la apandorgada musa maritornes al expeler trabajosamente el deforme muevedo fabricado en sus entrañas por la virilidad de algún autóctono genio de los que se hacen morfómanos creyendo que eso basta para ser un Verlaine un Gautier ó un Baudelaire.

En ese infierno.

La lira (la divina consorte la amada amantísima) estaba prostituida como una villana pucela de los caminos en el lecho fornicario de los beocios. . . . !

El cerdo azul preponderaba, gritaba, triunfaba, agitando las alas de oca, mientras el eso minervino, el eso sapiente, el oso oxegeta, se indigestaba, ingurgitando la miel de oro exonerada por las abejas rubias del monte Himeto. . . .

Por aquellos días, en aquel infierno, conocí á un cuentista que hoy (aunque no lo es) parece un completo fracasado, una víctima del thermite, algo como el Noël Servaise mexicano. . . .

Era paradisiaca esa clara mañana de primavera.

Bajo el techo de zinc acanalado de la estación, los trenes esperaban, vistosamente empavesados, á la retardada concurrencia, sudaba la locomotora como un viejo caballo de carrera, los invitados, todos famélicos, todos juglares, todos escritores, llegaban alegres, exhibiendo con chocante orgullo, sus levitones mal confeccionados, sacudiendo cual penachos de mantenedores, sus románticas melenas, trasudando presunción, hablando en tono doctoral, inventando epigramas pornográficos, sonriendo con locayuna protección á los muchachos tímidos que, como yo, y, como Bernardo Couto, comenzábamos la dolorosa carrera, fumando, escupiendo, picoteando, con un turriburri, con

una garrulería, con una monserga, de quebrantahuesos muertos de hambre....

El editor propietario de un almanaque artístico celebraba las pingües utilidades de su negocio, organizando una fiesta campestre en honor de los autores que en la obra colaboraron.

Al ser instalados en los compartimentos de los wagones todos los entusiastas viajeros noté la presencia de un extraño personaje que como un discípulo de Mme. de Thebes entendido en cábalas hacía augurios leyendo como en grimorios en las palmas de las puercas manos de un detestable poeta azteca que ya no existe y cuya alma sin duda alguna fué llevada por el diablo á los profundos báratros....

Aquel agorero, cupidista, saturniano, quiro-mante, ó, lo que fuese, parecióme á la primera ojeada una figura de cera prófuga del Musée Grévin, tan caricatural ví su figura, tan bufonescas, tan extravagantes, juzgué sus actitudes, tan ridículas me parecieron sus anacrónicas vestimentas, tan grotescos sus modales, tan chavacano, tan rancio y tan manido su dandismo....

Portaba, con original desgarbo, sombrero de seda de la moda de mil ochocientos treinta, ancho cuello inglés, de albeante, de limpiísimo bocací, apretado por el artístico nudo de una gran corbata Lavalliere, cortísimo redingote negro, angostos pantalones de color cinéreo á grandes

cuadros y zapatones de cordoban con gruesas zuelas claveteadas.

Una cigüeña vestida de merolico....!

Su angulosa fisonomía, sonrosada por las recientes abluciones del agua fresca, asperjada de pecas, se animaba, pecaminosamente, por la mirada maliciosa de sus amarillos ojos de perro en brama, bajo la remangada nariz, bajo la nariz de fauno, de fauno en celo, caían los bigotitos divididos en el centro, por una visible cicatriz, que, en línea perpendicular marcaba los labios sensuales revelando una herida inferida por mano de mujer celosa al castigar una boca llena de ultrajes de blasfemias y de perjurios....

Movíase sin distinción, como un títere, gesticulaba mucho, su voz chillona, ágría, de falsete, de vieja Pipelet, revelaba al propagar las malas noticias, el verbo, la paradoja, la idea con facundias comadreras, con malevolencias de dueña murmuradora, de porquerón chispado, era un macabro Asmodeo, un duende chocarrero de esos que rompen las vidrieras para escuchar los diálogos privados, conocía las ajenas vidas, sabía historietas de oficina, de alcoba, de sacristía, era un propagador del escándalo, tenía algo de canibal.... comía gentes!

Me daba miedo....

Los aros de su limpia dentadura eran las cuchillas de la guillotina de las reputaciones.

Cuando supe que aquel joven del redingote á

la moda de los vagabundos de Murger era Alberto Leduc, el sentimental, el autopsicológico escritor, mi sorpresa fué muy grande, no porque me lo hubiese imaginado un musculoso marino como los de Richepin ó Lemonier, sino, porque casi deseaba encontrar en él, la melancólica mirada, la casaca azul, el chaleco gualda, del caballero Werther, el príncipe de los enamorados inofensivos, el modelo donjuanesco de los sensitivos cursis que no son burladores de canonesas torturadas por la ninfomanía ni llevan espada de leyendas homicidas suspendida al cinto.

Sin saber por qué, al estudiarlo con atención, se me arraigó en la mente el convencimiento, de que aquel medianísimo novelista, habría figurado como victimario, como actor, en la atormentada existencia de muchas mujeres apasionadas, ocupando páginas candentes, viviendo los capitosos poemas de la sensación, representando dramas adulterinos, protagonismos de amores impulsivos, comedias de perfidia, en las tristezas aplastantes del dolor sexual, en la agonía infinita de los espasmos, en los deleites de la carne exangüecida por las neurastenias.....

Me lo decía claramente la cicatriz que marcaba los labios sensuales revelando una herida inferida por mano de mujer celosa al castigar una boca llena de ultrajes de blasfemias y de perjurios...

Hay hombres que han nacido para ser los verdugos de las mujeres porque en su arrebatado pa-

tológico de posesión llevan el amor á ellas hasta los excesos que se mancomunan con la crueldad.

Alberto Leduc es de esos.

Entre Alfonso de Sade el divino marqués y Juanillo el Destripador el divino pleveyo hay una legión de ardientes crucificados por la lujuria en el cadalso del pecado erótico.

El autor que estudio ha sacrificado las délficas coronas en aras de Afrodita la pagana haciendo el holocausto de sus más luminosas facultades sensoriales en los braceros en donde arde inextinguible la lumbre consagrada á la diosa del placer sensual.

Es un raro ejemplo de trabajador subjetivo.

Las protagonistas de sus historietas son las de la intensa fiebre amorosa que lo consume.

Las enamoradas que ha dibujado su pluma con nervioso pulso, con punzante claridad, con doloroso desconsuelo, han sido sus enamoradas, las muertas de frío, de amor, de miseria, de tisis, que, temblorosas, ambulan en sus novelas, son las mismas difuntas, las mismas enfermas, las mismas indigentes, las mismas víctimas de su perversión de irresponsable, de su virilidad faunática, de su erotismo cabrío, de su extravío de soñador incurable, las mismas que duermen el sueño de la inercia material bajo las losas de las sepulturas donde el pasionario acude cuando herido por las correhuelas del sufrimiento, necesita llorar mucho, purificándose en las solitarias elevaciones

espirituales en las poéticas escenas de sus añorados idilios y en las memoraciones de los besos mordentes empalidecidos por las cenizas que el tiempo llueve.

La pasión libertina lo mismo que el amor seráfico han tenido algo de martirio en todos los climas para la indefensa esclava de las hipocresías varoniles desarrolladas bajo los lienzos que ocultan las depravaciones del tálamo.

Es bello amar mucho á la varona.

Es odioso amarla demasiado.

Los excesos de animalidad carnal hacen del hombre un troglodita.

Cuando un sensitivo, por medio de los libros, de la instintiva devoción á la belleza, ha logrado levantar su espíritu, á los siderales problemas de la conciencia, á las poéticas superioridades de la experimentación cerebral que no alcanzan á columbrar, las gentes vulgares, está obligado, so pena de incurrir en gran pecado, á poner una dosis de exquisitismo en todos sus placeres, una porción de refinamiento en todas las evoluciones psíquicas de su personalidad, porque, la cultura, el don de los selectos, el adorno de los raros, el supremo artificio, lo ha alejado inmensamente del involucionado, del burgués, de la bestia. . . . !

Fecundar el lecho de la pobreza constituye un delito de mala paternidad.

Es aumentar la estadística ignominiosa del

prostíbulo ilustrando con siniestros episodios la novela del presidio.

En nuestra corrompida sociedad hemos perdido los artistas, con otros muchos fueros celestiales, el de la naturaleza, el de la reproducción, el de la vida!

La obra genésica fuera plausible si nuestros hijos en vez de oprimidos llegaran á ser vengadores.

El dolor es divino como el fuego.

Los que osen robarlo al cielo atreviéndose á propagarlo en la tierra tendrán que padecer el suplicio del gigante de la tragedia esquiliana.

Alberto Leduc, hijo de un soldado de la invasión napoleónica, y, de una dama mexicana, heredó por el lado paterno, con todas las cualidades de raza, un gran cariño á la Francia, y, por la parte materna, con todas las impurezas de sangre, el germen místico que, ferviente é inquietador, late, vibra, palpita, por efecto tradicional de costumbres, de educación y de preocupaciones, en todas nuestras virtuosísimas y católicas madres. . . .

A los quince años, ya huérfano, con la imaginación perturbada por las novelas parisinas y el ánimo exasperado por el deseo de aventuras extraordinarias, creyéndose un futuro Pierre Lotti, escapó de la materna casa, dejando allí la consternación, para, después de algunas peripecias tristes, llegar hambriento á una playa é ingresar

en calidad de grumete á un cascarón de la marina nacional servida entonces como es sabido por gente en su mayor parte desertada de las galeras extranjeras.

Allí aguijoneado por las bulimias comió las galletas agusanadas de la sentina comprendiendo el odio al látigo al sufrir los golpes de los contramaestres acostumbrados á aporrear galeotes en Melilla ó en Tolón

Allí trepó á los mástiles cuando la pleamar ó el norte embravecían el ponto

Allí trabó amistad con los asesinos de la marinería estrechando entre las suyas las manos maculadas por los homicidios y deshonradas por los grillos

Allí ante los ortos de una rosa de transparencias luminosas, sintiendo el éxtasis de los crepúsculos equinociales, contemplando las crestas de las olas iridecidas en resplandores opalinos, por el translúcido eléctrico de los soles hespéricos, frente á la mar argéntea, al advenimiento de un suntuoso plenilunio, en un pasmo austral, lleno de oros fúsiles, de pompas fosfóreas, de sueños etéreos, cayó sobre su cabeza abrumada por muchos rayos de luna, por muchos pensamientos fantásticos, la maldición jupiteriana, la sañuda maldición de los excéntricos se sintió artista?

Sobre la mura de estribor al monótono vaivén del navío sotaventeado escribió sus primeros manuscritos.

Regresó luego á la metrópoli trayendo en la imaginación preocupada un feérico deslumbramiento como una extraña impresión de los mares de los cielos de los paisajes y de las cosas

Volvió de sus náuticas incursiones experimentando en las arterias una ansia masculina de mujer y en la mente algún presentimiento vago de poesía y, en el corazón un tímido anhelo de catecúmeno una patética lampa de fama de triunfos de laureles y de palmas condensada en unos cuantos ensayos literarios

Cayó á los dieciocho años (como hemos caído todos) entre las zarpas crispadas del primer editor y los muslos constrictores de la primera querida

Empezó desde entonces su verdadera existencia de cerebral.

Inició su éxodo en el camino del dolor astral gastando prodigamente, células y semen, lágrimas y besos, esperando á la bienvenida, á la fama que fugitiva como una esperanza que tramonta, como una estrella que se abisma al verpestilio, se alejaba lentamente, lentamente

En la casita de la cercana villa, en la caliente alcobita de la choza del fanático poblacho, llevó, el periodista, durante muchos meses, abarragado á una vieja histérica, una vida atribulada, un calvario de culpas, de flaquezas, de remordimientos, de enervantes lascitudes, de vehementes extravíos, bordoneado, por los bofetones, por los

vocablos soeces, provocados por las locuras del alcohol, de la lujuria, de la cólera, mientras el hambre, salmodiaba á la sordina sus trágicas lantías en los cristales de la ventana entreabierta, que reflejaban, trémulamente, las cruces de las torres altas del santuario que proyectaban sus brazos abiertos, muy desolados, muy quietos, muy tristes, sobre la amarilla circunferencia de la luna llena impávida....

Llegó, por fin, el tedio, precediendo á las crisis de las separaciones, que, precedían á su vez, á las renovadas protestas de las reconciliaciones ultimadas por los epilépticos sínopes de los cuerpos excitados por las succiones de las bocas devorantes en los polos histerógenos.

Después de muchos delirios pecaminosos originados por los fenómenos del cansancio, del hastío, de la saciedad, de la mutua repugnancia, ocurridos en ese segundo período de su última pasión, la amante, la proscriba, la Safo menesterosa, emigró de nuevo á la madrépora suburbana, más triste, más plateada su cabeza por la canicie, más decepcionada, más impúdica, escurriendo por sus piernas flácidas el hipomanes de las yeguas, sin armas para luchar, sin encantos para vencer á los desdeñosos satiriacos, sin alientos para regenerarse, llevando en su marchito corazón, mendigo de afecciones, un despojo más, un desengaño más, un cadáver más, para el cementerio de sus amadores, el de su caballero, el de su amparador, el de su poeta, el de su hospitalario, que había

quedado solo, en la caliente alcobita del fanático poblacho, melancolizado por las ausencias, atormentado por las desesperaciones, mortificado por las pesadumbres y agredido por los pesimismo....!

La juventud es rebelde hasta para el sufrimiento, por eso los abatimientos que en ese florido reposorio de la caminata sublunar, nos acometen, se olvidan prontamente, sucediendo muchas veces, que, un desencanto, sirva para preparar una reacción saludable, para fecundar, para florecer, más opulentamente, un nuevo entusiasmo, un viril arranque, un incipiente amor, que, al desentumir el ala cantando su afrodisia plegaria augurará con alborozo ingénuo la total renovación del ser que convalece....!

Cuando la divina esencia que integra el alma no se ha evaporado por completo del vaso que la contiene, la metamorfosis, la maravilla, es fácil, porque, el fastidio, que es la vacuidad, el bostezo rancio de la muerte, la opacidad del silencio, el espectro pálido, de las desesperanzas, está lejos, lejos, muy lejos todavía....!

Pasadas las inquietudes de las crisis morales, sacudidas las preocupaciones sombrías, despejado de brumas el cráneo, de calambres las vísceras, el escritor volvió á amar con más ahincada ardencia, acumulando más incólmemente, con más misticismo hacia la naturaleza reproductora sus deliquios eróticos y sus hambres de enfermo por la macerada mucosa....!

La peana de la diosa derribada fué ocupada por otra deidad.

La mujer que cae definitivamente al pudridero llevando á los piés suspendida la bala del desprecio universal es como el imprudente nauta que devora el mar!

La barca de Don Juan sigue airosa su siniestra zingladura sin preocuparle el doloroso lamento de las sirenas de cabellos verdes que levantando orantes los brazos de esplendorosa blancura lloran inconsolables á sus flancos mientras el mascarón de la dorada prora ríe con cruel risa de silvano viejo.

Si Alberto Leduc, cayese por desgracia suya, en poder de los albítares literarios (de los inquisidores de la academia) sin duda alguna que su cuerpo sería condenado al fuego después de ser ahorcado ignominiosamente en el cordón umbilical del conde de Cheste.

Tan grandes, tan monstruosos, tan imperdonables, son sus atentados contra la gramática.

Es despreciable un literato que deprimiendo sin escrúpulos su dignidad estética, se afilia masónicamente á los ultramontanos de las letras, poseído de la estúpida ambición de un diploma de la pedantería oficial que acredite sus valimientos ante cien saltimbancos del talento provocando la admiración de los papamoscas que exaltan y apoteotizan lo que no comprenden.

Es más despreciable aún un literato que se aleja por estulticia pura de los rudimentos más

sencillos de la sintáxis de la prosodia y de la sindérisis.

No se puede ser escritor sin saber escribir.

De esa suerte no se llegará á adquirir jamás la manumisión completa del estilo que en literatura es la más verídica manifestación de la personalidad propia.

Beneficiar las cuartillas de papel con el druidico trabajo del pensamiento sin haber acumulado antes preparación previa para llegar á victorioso término la empresa es avillanar á la musa gastando sin provecho el fósforo. . . . perdiendo el tiempo de un modo miserable.

El casacón del papagallo con espejuelos laureado por el sacerdocio del preceptismo artístico hace despreciables sus entorchados ante el severo criterio de los estetas que no laboran heteróclitamente.

La desgarrada chupa del sopista del sacerdocio del petulante decadentismo artístico hace despreciables sus calandrajos ante el criterio de los estetas de verdad que no laboran extravagantemente.

Creame el romancero cuyos talentos con mi incorruptible sinceridad admiro.

Ese gravísimo defecto, esa mácula que tan vergonzosa, tan directamente, afecta la dignidad de un auténtico artista pesa mucho sobre su arte lo mismo que sobre el de otro colega suyo que de Emilio Zola no tiene más que la obscenidad infeciosa.

Leer en francés la más excelsa de las obras de Miguel Cervantes es crimen de lesa literatura en un escritor que se produce en el noble idioma del glorioso mutilado.

Los aristarcos de tiznador zahumerio, de punzantes disciplinas, los belitres que siendo inocuas lombrices, aspiran al alto honor de convertirse en víboras, los que ensalsan calurosamente á sus valedores de gangarilla á la vez que descuartizan con rufanesca cobardía á los que no son sus amigos ni admiran boquiabiertos sus trampantojos, hanse empeñado en sostener, que, para escribir verdadera novela experimental, es necesario, hacer el reporterismo de la vida cursi, entendiendo por observación, el torpe amontonamiento de los detalles ínfimos, por psicología el grotesco comentario, por realismo, en fin, la servil reproducción de la vida baratillera, la neta estereotipía de los gestos, de las fealdades, de las pestilencias, de las groserías que idiosincrática y morfológicamente caracterizan á toda la genticilla que vegeta en el tortuoso patio de Monipodio. . .

Creyérase que el bohemio cuya obra analizo escribió su más primoroso cuento como una prueba en última instancia de que tesis tan convencional oscila desamparada entre los tópicos de una especulación perversa.

No he visto hasta hoy encerrado en las constreñidas dimensiones de la historieta, un cuadro más natural, más colorido, más palpitante, más

humano, más sugestivo, que ese doloroso episodio de la vida crapulosa de la mulata aventurera, relatado con tan ardiente, con tan fogosa inspiración, por el más gálico de nuestro narradores.

Fratita fué arrancada de su hamaca suspendida bajo el fraganté parasol de los datileros veracruzanos, para ser trasladada luego, con sus batas listadas, sus chaneletas sonantes, su tabacó tuxteco, á la buarda, al estudio del bohemio, donde sería más tarde, sin sospecharlo siquiera, el mejor ornamento, la más ductil arcilla, el más noble modelo, con la gracia de su venustidad tropical, con el prestigio del aroma almislado de su piel africana, con la atracción de su caliente desnudez de bronce vivo y con la sola irradiación de sus pupilas llameantes de morena.

Para lograr esa producción perfecta no ha necesitado el observador acomodarse al ritual que recomiendan encaramándose en su sibilina trípode de los presuntuosos dómynes.

Las novelas cortas de Alberto Leduc, prescindiendo de las cláusula insonoras, de las parábolas trasconejadas, de la prosa sin pulimento, en que están escritas, son muy sugestivas, muy evocadoras y muy hermosas.

Los estudios de la moderna psique que en ellas concurren, están trabajados con atinado escrúpulo analítico en la apreciación de los hechos reales pero cayendo con lastimosa frecuencia en el defecto de un subjetivismo que muchas veces las convierte en verdaderas autobiografías. . .

No pretendo ni con mucho que llegue en sus dramas á la ponderada impersonalidad de Gustavo Flaubert, en la cual nunca he creído, pues no comprendo en un autor, la total abstracción del temperamento, al referir historias, como la de Emma Bovary, capaces de acreditar un proceso por ataques á la moral del código y á la religión del catecismo, pero sí, quisiera, que, sus figuras varoniles no fuesen siempre una misma ecuación personal, un traviato arquetipo, un acigüatado seductor, un homúnculo sin multiplicidad, reproducido hasta el cansancio y calcado toscamente de su persona, para ser ingertado luego en los caracteres de las siluetas esbozadas de las heroínas que han sido sus madonas, sus novias, sus queridas, en su adolescencia, en su juventud y en su edad adulta.

En cambio, sus mujeres, mestrúan, aman, rezan odian, lloran, como Desdémona, como Imógena, como Rosalinda, como Francesca, porque, son hembras de verdad, tomadas de la existencia, sin empirismos, no muñecas de porcelana extraídas de un escaparate de bric á brac á semejanza de tantas que vemos en los esperpentos de títulos retumbantes escritos por esos literatillos esmirriados y presuntuosos que padecen tos ferina literaria.

Es mi voto:

Que Alberto Leduc se convenza de que el acero de las plumas puede hacer más gloriosas conquistas que el de las espadas.

Que Alberto Leduc deje de lamerles el escroto á los magnates comprendiendo la incalculable desproporción que media entre un capital de dinero y un capital de ideas.

Que Alberto Leduc deje de ser pancista apreciando la diferencia que debe establecer todo cerebral verdadero entre el cerdo y el Pegaso.

Que Alberto Leduc renuncie sinceramente á sus comedias de hombre perseguido para incorporarse de buena fe al socialismo honrado comprendiendo que los ácaros de las llagas resplandecen sobre los harapos de la miseria con ápices que no tienen las abejas de oro bordadas en los mantos de los emperadores.

Es mi voto.

Que Alberto Leduc peregrine, de ideal en ideal, de sueño en sueño, de astro en astro, hasta encontrar la esfera luminosa, la esfera diáfana, en cuyo centro, está condensada, en su diamantina pureza, la suprema ley de Zaratustra, la doctrina toda del nuevo mesías, el númen íntegro del moderno filósofo revelado á sus reverentes discípulos en dos icónicas palabras de hierro.

¡Haceos duros!

México, Octubre 4 de 1899.

NOTA.— La circunstancia de hallarme preso en la cárcel de Belén con motivo de una persecución periodística hizo que las últimas partes de este libro no pudieran ser corregidas con el detenimiento debido.

El buen juicio del lector suplirá los errores más notables.

C. B. C.

